

Bajo los rascacielos

de Jerónimo López Mozo

Ya nos hemos ocupado de Jerónimo López Mozo en múltiples ocasiones y nos parece redundante citar los numerosos premios recibidos que muestran hasta qué punto su producción es una de las más importantes del teatro español contemporáneo. Recordaremos aquí el significativo homenaje que se le ha tributado en Alicante en noviembre de 2006 como reconocimiento a su trayectoria artística. En respuesta a quien proclamaba su pertenencia a una generación superada que se había limitado a escribir un teatro de oposición durante el franquismo, recordaremos que, al contrario, López Mozo ha continuado ocupándose de los problemas más candentes de nuestros días: el paro (*Eloides*), la violencia contra la mujer (*Ella se va*), la emigración (*Ahlán*) y, en la pieza que nos ocupa, del asunto más preocupante: el terrorismo y sus consecuencias.

Bajo los rascacielos se estructura en diez cuadros y consiste en el relato de un empleado de una compañía de seguros que ha estipulado una póliza con un grupo de ciudadanos temerosos para garantizarles un refugio equipado para la supervivencia en el caso de otro atentado. Las palabras del agente, dirigidas al público, introducen seis de estos cuadros antes de dar paso a la acción que en el cuarto comienza directamente. Ya desde el principio se informa que los clientes están visitando el profundo búnker subterráneo cuando el ascensor, por una activación accidental de la alarma máxima, se bloquea y los deja encerrados. En los tres primeros cuadros no se revelan todavía los caracteres de los personajes y domina el campo semántico del nerviosismo, tanto en la acotación («visiblemente nervioso, con el nudo de la corbata aflojado, abatimiento, gesto de fastidio, caminar de un lado a otro, etc.») como en la conversación, en la que cada uno relata dónde se encontraba el 11 de septiembre y resalta la casualidad de estar todavía vivos, como Carolyn que había tenido la suerte de haber sido despedida del trabajo el día anterior.

Es en el cuadro cuarto donde se retratan los diferentes personajes, en particular por la diferencia de punto de vista entre Donald, que considera a los Estados Unidos un «país arrogante» y está convencido de que, evitando esa actitud, el odio «estaría menos extendido», y Gary, que los considera «poderosos» y aptos para gobernar el mundo, al estar acostumbrados a mirarlo desde arriba por su poder, ejemplaridad democrática y modélico estilo de vida. La tensión entre ambos se mantiene durante casi toda la obra. Para el primero, «Nueva York es un blanco» enorme, imposible de proteger, «un gigante con pies de barro», mientras que el segundo espera que se pueda encontrar alguna utilidad al miedo de los ciudadanos. El sentido patriótico de este es muy práctico y proyecta negocios inmobiliarios a la sombra de la zona cero, vender banderas y gallardetes de barras y estrellas, y explotar un mercado de posibles futuros atentados, sacando «algún provecho».

Donald es seguramente el personaje más interesante. Es un veterano de Vietnam, ganador de un «corazón púrpura», y en sus palabras hay citas de otros grandes dramaturgos. En efecto, afirma: «Pobre país el que para ser grande necesita del coraje de sus hijos», en evidente recuerdo del *Galileo* de Brecht, así como el rechazo de todo heroísmo recuerda sin duda el pensamiento de Sartre, en particular en *Escuadra hacia la muerte*. Según Donald, morir por la patria no es «¡ni dulce, ni honorable!» y las medallas «no debieran existir». Su postura contra las guerras desencadenadas por Estados Unidos, tanto la de Vietnam como la de Irak, es muy nítida: «Entonces se hablaba mucho de frenar la amenaza comunista. Ahora, de terrorismo», en el cual Bush ha encontrado «una buena tabla de salvación». Tiene muy claro que «detrás de tantas guerras está el control de los recursos mundiales [...] el apoyo a políticas criminales». En nuestra opinión es el personaje ejemplar de la obra y por ello pensamos que es el portador del pensamiento del

Magda Ruggeri
Marchetti

Bajo los rascacielos

de
Jerónimo López Mozo

Edita
Junta de Castilla-León,
Salamanca, 2006

autor. Sabemos, en efecto, que López Mozo recibe frecuentes invitaciones a dar conferencias en ese país y conoce de primera mano la opinión de los profesores que han viajado al extranjero y perciben el rechazo hacia el imperio americano, hacia su prepotencia y afán por imponer su cultura. Precisamente por esto la obra traza un cuadro muy veraz de la situación americana. Es conocido el pensamiento de buena parte de los norteamericanos sobre lo que sucede en su tierra y su incomodidad por el papel que juega en el mundo. En los medios de comunicación hemos visto las manifestaciones de madres de soldados.

En el cuadro sexto los personajes, bajo el peso de varios días de encierro, deciden entretener la espera contándose historias que no son casuales, sino que descubren todavía más la personalidad de sus narradores. Empieza Gary con un cuento *boccaccesco*, y cuando le toca el turno a Carolyn, la más joven, aparece con «una rara indumentaria que remeda a la Estatua de la Libertad», se sube a la mesa y se desnuda ante todos. Es un gesto que puede parecer sorprendente en una sociedad formalmente puritana, sujeta a aparentar en público una conducta que en realidad está dispuesta a relajar en privado de buena gana. En este momento la chica encarna el sueño de muchas jóvenes de parecerse a Marilyn Monroe, y hacer, al menos una vez en su vida, lo que ella se permitía por su condición de estrella. En el curso de la obra evolucionará adoptando una postura muy consciente.

Los cuentos son una ocasión para conocer casos de oportunismo como el que relata Sandra, la historia de una mujer abandonada con dos hijos el día anterior al atentado y solo «por una cuestión de horas su padre no se había convertido en un héroe» desaparecido en las Torres. Entonces ella se declaró viuda y pidió la partida de defunción de su marido para percibir las indemnizaciones. El cuento de Donald, tal vez tenga que ver con *El flautista de Hamelin*, pero sin duda refleja el pensamiento del autor. El tío Wilson no es sino el tío Sam, que simboliza al hombre americano. Su narración tiene raíces en la América profunda, tan distinta a la de las grandes ciudades, con el egoísmo de quienes se enriquecen

sin importarles si sus métodos provocan desastres de difícil reparación. Son gentes egoístas, orgullosas de una riqueza supuesto fruto exclusivo de su ingenio y laboriosidad. Este tío Wilson, espejo de Gary, resume el cinismo y la hipocresía de corte anglosajón (*WASP*) que vende como virtud lo que no son más que intereses materiales, explotando miedos al comunismo o al terrorismo, cuya desaparición total no considera conveniente.

En el cuadro séptimo, el sueño de Peter, premonitorio como muchos de los del teatro de Buero Vallejo, «invade el escenario». Sin duda el autor refleja el efecto que discursos como el de Bush producen en unos jóvenes vulnerables a las arengas patrióticas. Las palabras que pronuncia el presidente en la obra resumen su visión del papel de Estados Unidos en el mundo y el apoyo que espera de sus ciudadanos. Se trata de frases reales tomadas de sus discursos. Empujado por estas incitaciones, Peter marchará voluntario a Irak y volverá en un ataúd.

López Mozo se inserta en la tradición de algunos señalados intelectuales europeos que se han visto impelidos a analizar el significado de la civilización norteamericana, dado su impacto en la historia reciente. En el terreno literario, recoge sin duda la herencia lorquiana de *Poeta en Nueva York*, ampliando aquel retrato de la metrópoli al de un modelo de vida que ha adquirido relevancia al inspirar no solo la cotidianidad de un país ya grande en los años treinta, sino la ideología que marca hoy el concepto de «occidental» y vertebra un imperio de ambiciones globales.

La obra concluye dando noticias de la vuelta a la vida normal de los personajes al salir del encierro en el refugio, pero lo más relevante es el código icónico final donde aparece una torre rematada por una especie de bayoneta capaz de rasgar el mismo cielo y hacerlo sangrar. Una imagen que recoge los diferentes proyectos que se presentaron cuando se planteó la reconstrucción de la zona cero. Las nuevas torres debían ser el símbolo de la libertad abanderada por los Estados Unidos, pero también de su poderío, un mensaje de advertencia al mundo de que es un pueblo desafiante y orgulloso, que nunca se rendirá. ■

